

Diana Ospina Obando

**PASAJEROS
EN TRÁNSITO**

ICONO •

Contenido

La casa del terror	11
Antesala	15
Instantáneas de viaje	21
Esperanza de vida	37
Equipaje de mano	41
<i>Saudade</i>	49
Naufragio en la pecera	55
Interiores	65
Preludio	71
Así lo conté	75
La verdadera historia	87
Apnea	95
Compras de domingo	101
La fiesta	113

INSTANTÁNEAS DE VIAJE

I

LA PRIMERA VEZ que Lorenzo dudó si había dejado bien cerrada la llave del gas fue en el taxi que los llevó a la terminal de buses. Ante la duda quiso preguntarle a Óscar si él lo había revisado antes de salir, pero —dijo después— lo vi tan serio y triste mirando por la ventana que no me atreví.

La versión de Juliana permite entender por qué Óscar estaba así: ella dice haber peleado con él unos días antes de que se fuera de viaje con Lorenzo. Asegura que a causa de esa discusión, más fuerte que las anteriores, tomó la decisión de escribir y mandar por entrega inmediata la famosa carta del sobre morado. «A veces toca ser la mala del paseo, pero eso estaba muerto; mi deber era rematarlo», añadió.

Volviendo al principio, lo cierto es que Lorenzo no dejó la llave del gas abierta. Óscar recordó haberse fijado en todo («y eso que no tenía cabeza para pensar en otra cosa que no fuera irme»); sin embargo, nada de esto evitó la tragedia posterior. «A veces, supongo, hay cosas que simplemente tienen que pasar». El caso es que Humberto, el chileno, tres días después de la partida de sus compañeros de piso colombianos dejó, por descuido, un trapo de la cocina al lado de un fogón encendido y se fue a su cuarto a ver televisión; el fuego lo sorprendió concentrado en *Lost* y casi termina peor que los protagonistas de la serie. Lorenzo se enteró de lo sucedido cuando llamó a

Susana, la vecina, desde el teléfono del hostel donde se estaban quedando, y esta le dijo que llevaba días intentando localizarlo para contarle del incendio.

—Tranquilo, nadie resultó herido —le soltó mientras él intentaba recuperar el aliento—, pero todo se quemó.

—¿Qué quiere decir todo? —preguntó Lorenzo consternado.

—Eh, bueno, no todo, pero sí se quemaron tus cosas, tu ropa, tus maquetas, tus fotos... Bueno, de lo que alcancé a ver, güey, pues lo que tenían en cajas... Qué pedo. Lo siento, Lorenzo, qué susto más cabrón. Humberto está hecho polvo.

La imagen no evitó que a Lorenzo se le dibujara una sonrisa mientras pensaba... «¿Polvo? Lo que se volvió polvo fue mi vida aquí... Pinche Humberto». Lorenzo dijo después que en ese momento supo que ya no tenía sentido pensar en regresar rápido al D.F. La imagen era hasta literaria: ¿regresar a qué?, ¿a contemplar cenizas del pasado? Hasta bonito sonaba, pero no había caso; además, estaban en la playa con unas peruanas, no muy guapas, es cierto, pero que les sonreían tras la más mínima provocación. Llevaban quince días de viaje, ya se había acabado el semestre de intercambio, no tenían mayores preocupaciones ni compromisos por delante, los cuartos del apartamento en la Roma estaban libres esperando nuevos inquilinos y lo que les importaba estaba guardado en cajas en un armario de la cocina. «Nunca el verbo *estar* estuvo mejor conjugado», pensó Lorenzo, porque esas cajas estaban, ya no debe quedar nada, ya no están... Pinche Humberto.

Él decidió ese día no decirle nada a Óscar sobre el incendio y sumó esa mentira a la otra, tal vez más nefasta: que la colombiana recién llegada del país que había timbrado el

sábado, un día antes de la partida, había entregado solamente arequipe, bocadillos, saludes de las mamás y nada más, nada parecido a una carta en un sobre morado escrita por Juliana para Óscar. Lorenzo llevaba meses planeando ese viaje, por encima de todo, convenciendo a Óscar de salir de ese estado casi vegetativo en el que vivía a causa de las constantes y arduas peleas con Juliana. La carta le pareció rara desde el principio; lo primero que le llamó la atención fue el hecho de que el sobre no estuviera completamente sellado. Basta conocer un poco a Juliana para saber que ese detalle era muy extraño. «La escribí de afán», pensó de inmediato Lorenzo, y en un arranque de paternalismo, de curiosidad y, sobre todo, de temor, la leyó. Le bastaron unas cuantas líneas para confirmar sus peores miedos; la carta era una sucesión de reproches, de recuentos truculentos de los pormenores de sus salidas nocturnas en Bogotá, y hacia el final, la estocada decisiva, el remate total: «Sé que quedamos en hablar en un mes y medio, cuando ya lleves un buen tiempo de viaje con Lorenzo, pero no me llames entonces, ni me mandes *mails*, ni razones con nadie, ni me compres regalos, ni pienses en mí, porque esto se acabó para siempre». ¡Zas! Así, de sopetón, sin más. Entonces Lorenzo decidió dejar la carta en una de esas cajas. Ya alegraría después cualquier cosa en su defensa, cuando regresaran, porque estaba seguro de que el Óscar que volvería del viaje sería otro, uno diferente, uno más fuerte, uno que podría leer esas palabras y sentirse liberado, no condenado a muerte en el patíbulo; pero ahora la carta estaba quemada, destruida. Si se queman las palabras, ¿se esfuma con ellas su intención?

II

Oaxaca los recibió de noche y en plena celebración de la Guelaguetza. Mientras transitaban por las calles atestadas de turistas en sandalias, parejas abrazadas y grupos ruidosos de jóvenes amigos, Óscar se sentía un tanto mareado por unos vasos de pulque de degustación que les dieron por ahí. Pensó en eso, en el mareo, mientras le sonreía a la alemana que no paraba de conversarle desde que habían salido del hostel. La música sonaba estruendosa, el gentío no se atenuaba en ningún lugar, mientras ellos deambulaban por ahí, jugando a contagiarse de la alegría de los otros, haciendo lo que se supone que se debe hacer en Oaxaca si llegas a la Guelaguetza. Entonces Óscar sintió el impulso, no sabe de dónde vino ni por qué, pero se activó justo cuando Lorenzo tomaba fotos y sonreía, y la alemana insistía en preguntarle cosas sobre Bogotá. En la versión más recurrente de ese momento, Óscar suele decir que fue una mezcla de estar cansado y medio prendido a causa de los tragos lo que desencadenó todo.

—Hermano —dijo Óscar de repente, pero Lorenzo ni lo oyó—. Ole —insistió y lo detuvo con decisión.

«Lo agarré del brazo en mitad de una conversación, lo paré en la calle y se lo dije así, como si nada, como si le hubiera dicho que tenía una pelusa en el hombro o que yo tenía hambre»:

—Hermano, Ángela está embarazada; Juliana me lo dijo. Parece que es del noviecito ese que tiene.

«Seguí hablando como si todo lo que decía fuera normal, como si no le estuviera destrozando el alma con cada palabra». Entonces Lorenzo lo empujó contra la pared:

—¿Que qué, huevón?, ¿qué es lo que está diciendo?

«Y lo absurdo es que yo repetí todo, como si fuera una lección que me supiera de memoria; no modifiqué nada, no embellecí la historia ni pretendí tenerle alguna consideración mientras le hablaba, mientras le disparaba mis frases en la cara. Cuando él aflojó la presión del brazo y lo percibí débil, seguí suministrando datos absurdos y dolorosos»:

—Dicen que está hecha una mamacita y que anda feliz... Eso dicen.

«No sé ni por qué lo hacía. Será porque cuando uno resuelve sacar la basura ya no quiere que quede nada adentro; será por eso. Lorenzo solo me oía mientras se deslizaba hacia el piso, deshecho, acongojado. Ni fuerzas tenía para odiarme».

La alemana, entre decepcionada y perdida, vio entonces cómo Óscar se concentraba en su amigo, que lloraba sentado en el andén con la cabeza entre las rodillas. Esperó unos minutos —quince, según su reloj—, y cuando tuvo la certeza absoluta de que el colombianito no le iba a dar besos en un rato, ni más tarde, porque ese llanto no iba a detenerse pronto, se alejó sin despedirse. Tres cuadras después entró en un café internet y le mandó un largo correo electrónico a su novio, en el que le explicaba que Oaxaca era un lugar hermoso, lleno de secretos y sorpresas: *Geheimnisse und Überraschungen*.

—Pero, hermano, esa Ángela nunca lo quiso... No vale la pena que sufra si, además, hace más de un año que terminaron... ¿Ya se le olvidó que...? ¿O no se acuerda de que...? Si igual es una perra y siempre lo fue... Bueno, está bien, ella sí lo quería, pero algo se rompió...

Habló y habló hasta entender que no valía la pena decirle nada porque ya se lo había dicho todo una y mil veces en cada una de las oportunidades en que se tomaron una cerveza o salieron a caminar para ver si así se le pasaba la piedra

(piedra que después se convertía en tristeza y vergüenza) de haberla llamado, de haberle rogado una vez más.

III

Le sorprendió saber que eran sus hijos, una niña y un niño que estaban siempre con ella; lo sospechaba, pero igual fue sorpresivo confirmarlo. Eso le dijo por la noche a Lorenzo en el cuarto:

—Son de ella, los dos; ¿qué tal?

Coincidieron un día en la playa y empezaron a hablar por casualidad. Las versiones sobre quién inició la conversación son contradictorias, así como lo que se dijeron esa vez. En algunas versiones descubrieron inmediatamente lazos en común; en otras notaron con agrado que podían hablar de cualquier cosa con pasmosa facilidad; en la más creíble de todas, cada uno intenta hablar para evitar un silencio que, por alguna razón, se vuelve inmediatamente incómodo entre los dos. «Así es cuando quieres darte besos y no ponerte a hablar», opinó Lorenzo alguna vez. Lo cierto es que los encuentros casuales se sucedieron, hasta que fue evidente que de casuales no tenían mucho y se empezaron a convertir en citas concertadas. Lorenzo dice que Óscar llegaba muchas veces parlanchín después de verse con Clara. Es que cuando conoces a alguien nuevo esa persona te hace preguntas que ya no te haces, o no te habías hecho o nadie te formula desde hace tiempo; ¿por qué decidiste estudiar arquitectura?, por ejemplo. Así que te toca ponerte a pensar en lo que ya no pensabas, mirar lo ya decidido y al final terminas sorprendido porque, en realidad, no sabes ni quién eres.

Muchas veces, Óscar parecía relajarse y divertirse sin preocupaciones, pero en otros momentos se ponía taciturno y silencioso. «Seguramente se siente culpable», pensaba Lorenzo, sabiendo que era a causa de Juliana, y lo peor es que esa Juliana, la que lograba colarse en las tardes de playa, sol y despreocupación en la mente de Óscar, hacía rato que había dejado de existir —aunque él lo ignorara aún— porque se había quemado dentro de un sobre morado, en un incendio que calcinó media cocina de un apartamento en la colonia Roma.

Una tarde, Clara le dijo a Óscar que se las iba a arreglar para dejar a sus hijos en casa de su hermana: «Así ya no será necesario interrumpir la conversación», enfatizó Clara, ni interrumpir nada, se entendía entre líneas.

Esa noche, Lorenzo decidió contarle la verdad a Óscar porque lo vio particularmente nervioso:

—Todo se quemó... —recuerda haber musitado—, se quemó en un incendio. Y Juliana también se quemó —agregó con torpeza.

Óscar apenas lo escuchaba, tenía la cabeza en otro sitio, sentía que quería ir a la casa de Clara, sentía también que no quería limitarse a darle besos como había pasado la última vez que se habían visto y, por encima de todo, sentía que ya estaba bien de sentirse amarrado, atascado en una situación que lo tenía harto pero que parecía no tener fin.

La frase de Lorenzo le pareció la metáfora perfecta porque nunca creyó que fuera cierta. «Todo quemado», pensó por un momento. Sintió tal alivio que decidió que Juliana se podía ir a la mierda. No sabía dónde quedaba eso exactamente, pero estaba seguro, por completo, de que eso estaba lejos, pero muy lejos de ese lugar donde lo esperaba Clara y donde no había niños para cuidar esa

noche. Clara comentó después que esa noche hicieron el amor, por primera vez. Añadió que todo fue un tanto brusco, no parecían los mismos que lograban hablar sin muchas dificultades; por el contrario, los cuerpos se buscaban con desespero y torpeza. Entre risas contaba cómo se le había enredado el pelo entre los botones de la camisa y cómo se habían demorado intentando desatascarlo. Después se había golpeado accidentalmente con el cinturón de Óscar y la pulsera de ella había dejado una marca fea en la espalda de él.

El amanecer azuloso los sorprendió mirando el ventilador en silencio. Cuando terminó de salir el sol, ya habían comenzado a reírse. A pesar de sentir que un poco del peso muerto sobre su espalda se había ido, a pesar de imaginarse un fuego capaz de consumirlo todo, Óscar no lograba erradicar del todo el dolor. Bastaron un par de días para que decidiera quedarse por las noches en la casa de Clara, mientras las mañanas las dedicaba a rogarle a Lorenzo que le concediera un día más, solo un día, en ese lugar que no terminaba por agotarse. Lorenzo se lo concedía, después de escucharlo rogar un poco, porque, al fin y al cabo, las cosas estaban cada vez mejor para él también. Clara le había conseguido un cuarto gratis en casa de un primo, el mismo que lo llevaba a pescar de tanto en tanto y le enseñaba los gajes de ese oficio. Por si fuera poco, Engracia, una de las peruanitas, la más resuelta, la más coqueta, la menos fea, le había mandado un correo en el que le preguntaba si podía ir y terminar sus vacaciones con él. «Si te parece, claro», leyó Lorenzo y decidió que le parecía, cómo no, claro que le parecía.

Una noche, mientras se tomaba una cerveza con Óscar, Lorenzo exclamó de repente:

—De pronto esto es la felicidad.

Y Óscar contestó de inmediato:

—De pronto.

Sin embargo, no sonrió ni creyó que lo sintiera de veras, y solo ahí, ese día, pensó que le estaba viendo la cara a la felicidad, pero que no era suficiente, que tristemente, no era suficiente. La noche anterior, la hija pequeña de Clara había llegado, caliente y sudorosa, hasta el cuarto donde estaban: «Mami, no me siento bien».

Clara estaba consintiéndola en el cuarto contiguo, y Óscar adivinaba, a través de las paredes, las palabras de consuelo que ella musitaba mientras le ponía paños de agua fría en la frente y esperaba que el ibuprofeno surtiera efecto. Óscar dice que fue como si viera ese cuarto, donde se encontraba acostado, por primera vez. Detuvo la mirada en los estantes llenos de libros, en las fotos desperdigadas por diferentes lados: los niños de espaldas mirando el mar, Clara embarazada sonriendo a la cámara, los niños con una mujer desconocida para Óscar, una niña en un columpio (quizá Clara) sonriendo.

Miró todo desde su posición de testigo privilegiado de esa vida que, al fin de cuentas, desconocía. Intuía que dentro de esos estantes, en algunas fotografías, en ciertos objetos, estaba oculta la presencia de ese exmarido del cual Clara poco hablaba; quizás era el fotógrafo al que Clara le sonreía con su inmensa barriga, quizás. Lo miró todo en busca de la ubicación de ese fantasma, intentando descifrar cuánto espacio ocupaba aún él en ese cuarto, y entonces pensó en sí mismo y no pudo evitar preguntárselo: «¿Y cuánto espacio ocupó yo?». Buscó la respuesta y apenas tardó unos minutos en constatar que su presencia podía apreciarse solo gracias a pequeños y efímeros detalles: los pantalones arrugados abandonados sobre la silla, una camiseta blanca en el suelo y, en la

mesa de noche, una manilla con los colores de la bandera de Colombia que él le regaló a Clara.

Lo comprobó primero con extrañeza, como si no se pudiera pensar en eso. Después sintió tristeza. Al amanecer, solo melancolía.

IV

Ese día había fiesta en el pueblo. Engracia había llegado por la mañana y estaba emocionada con la idea de empezar su estadía celebrando en una fiesta popular. Aunque el plan no terminaba por seducir del todo a Lorenzo, se dejó contagiar por la sonrisa fresca y despreocupada de la peruana, que llegó tan nerviosa que no paraba de hablar y de reírse por todo y de todos. En otro momento quizá le habría fastidiado su actitud y habría pasado horas criticándola mentalmente, buscándole fallas y comparándola, a su pesar, con Ángela, pero ese día, ese Lorenzo ablandado a punta de sol y playa se sentía en la mejor disposición de ánimo y no pensaba decepcionar a Engracia ni permitir que una cierta tristeza que embargaba a Óscar en los últimos días terminara por ganarlo todo.

Bandas norteñas, toldos de pulque, explosiones de pólvora, quesadillas con huitlacoche... Nada parecía faltar en esa noche de fiesta y luces. Nada, hasta que el animador de la velada, un gordo de camisa mal abotonada y sombrero vaquero, se tomó el micrófono para decir: «Y ahora sí, señoras y señores, lo que todos esperaban: ¡el concurso del mejor beso!».